

nuestro destino presentir, sino ver directamente la luz, verla sin sombra, sin límites, llena, entera, absoluta, verla como ella se ve, con una mirada en que no cesa la pestaña del ojo, porque está arrobada. Juzgad en la actualidad, en la hora en que estamos, si es capaz otra doctrina de darnos esta mirada, la única que agotaría la aspiración de nuestra alma hacia la verdad. ¿Qué doctor nos lo prometerá? ¿Cuál osará decirnos, por ciego que sea por los recursos de su orgullo ó de su persuasión, que él, su palabra, su pensamiento, es la luz, y que toda rodilla debe doblarse ante ella, adorarla y no levantarse mas, como hacen los serafines en el cielo? ¡Ah! jamás, Señores, ha llegado hasta aquí la insolencia del genio; jamás ha podido disimular á ninguna inteligencia que se halla abierto un abismo, un profundo abismo, un abismo de tinieblas, sobre nuestras cabezas, bajo nuestros piés, á derecha é izquierda, al oriente, al occidente, al mediodía, al septentrion, por todas partes. Sí, nosotros habitamos las tinieblas, tinieblas entreabiertas aquí y allí por una avara claridad, donde se sumerge nuestra vista con un amargo é inmenso pesar de no avanzar mas lejos.

¡Y hé aquí como es necesario que os subyuguen las doctrinas! ¡Hé aquí lo que os llevamos nosotros á vosotros, hijos de la luz, estrellas del cielo, mas brillantes que el firmamento en las noches mas espléndidas del estío! Nosotros os traemos yo no sé qué antorcha cuyos trémulos resplandores agitamos sobre vosotros. Estos resplandores son ciertos, sin duda son irrecusables; pero ¿qué puerta abierta á las resistencias del espíritu, qué facilidad para no obedecer, y tambien, por lo mismo, qué valor en la obediencia y en la unidad, cuando llegan á prevalecer!

El segundo elemento de la fuerza cismática es el afecto del espíritu á las tinieblas. ¡Cosa maravillosa!

Hemos sido criados por la luz, no amamos mas que á la luz, no somos cautivados mas que por la luz, y no obstante, por otra parte de nuestro sér, parte vil y vergonzosa, buscamos las tinieblas y las reunimos á placer á nuestro alrededor. Esto consiste en que habiéndonos rehusado desde arriba el día total, buscamos aquí bajo, en el horizonte mas próximo á la naturaleza física, un órden completo que satisfaga nuestro espíritu, no arrojándole esa mezcla de sombra y de claridad que nos es importuna. Nosotros creemos, reduciendo el espectáculo, agrandar nuestra vista; sacrificamos lo infinito á la esperanza de ver mas á nuestro placer lo finito, y buscamos la luz en las tinieblas. Hay no obstante otra causa menos honorífica de esta disposición del entendimiento humano, y el Evangelio nos lo ha revelado en estas palabras memorables: *La luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (1). Existe en efecto entre la verdad y el deber, entre el órden metafísico y el órden moral, una relacion que hace que las cuestiones del espíritu sean tambien cuestiones del corazón. Cada descubrimiento en Dios nos amenaza con una virtud, con un sacrificio del orgullo ó de los sentidos; la debilidad y las pasiones vienen en auxilio del error y hacen un peso terrible en la lucha de las inteligencias, lucha que ha llegado á ser la del bien y del mal. En esto es donde toma principalmente su punto de apoyo la fuerza cismática.

Halla tambien otro en el egoismo intelectual, es decir, en cierta individualidad del entendimiento que es propia á cada uno de nosotros. Es cierto, Señores, que todos nosotros tenemos algo comun en la forma de nuestra inteligencia, como en la forma de nuestro

(1) S. Juan, cap. 5, vers. 49.

cuero; no obstante, esta uniformidad no excluye las diferencias de fisonomía. Ningun entendimiento, así como ningun semblante, se asemeja perfectamente á otro; pensamos y sentimos de diverso modo, y por un egoismo muy natural cada uno de nosotros atrae á sí todo el firmamento de las ideas, para labrarlo á su medida y fundirlo en su personalidad. De aquí una adhesión pueril á nuestros sentidos, una persuasión de que nuestro entendimiento es juez competente y supremo de la verdad, y una quietud natural é ingenua en nosotros mismos, cuando hemos dicho de una idea: Esto no entra en mi entendimiento. ¡Ah! ¿qué importa? La cuestión es saber si esto es una desgracia para la idea ó para vosotros. Pero nosotros creemos voluntariamente que esta razón de repulsa es una condenación definitiva, y nada nos parece más sencillo que hacer de nuestro horizonte el límite de lo infinito. Queremos aun imponer á los otros nuestra individualidad intelectual, y cogemos ávidamente el primer poder que nos da siervos ó súbditos para hacer de ellos esclavos y adoradores de nuestro pensamiento. Nos sorprendemos de que se nos haga resistencia, y algunas veces tenemos un odio mortal á un hombre que no haya pensado como nosotros en una sola ocasión; de suerte que el signo por excelencia de un alma grande es la modestia, el desinterés de sus propias ideas, la desconfianza de sí mismo. Pero no se llega hasta aquí sino con el largo aprendizaje de una virtud sazónada por la unidad, y hasta allí el egoismo intelectual nos impele á transformar la verdad en nosotros, en lugar de transformarnos nosotros en la verdad.

Este tercer elemento de la fuerza cismática es seguido de otro, que es el último, pero que no es el menor, quiero decir la omnipotencia arbitraria del entendimiento. Independientemente de su gusto por

la luz, de su propensión hácia las tinieblas, de su egoismo estricto, causas todas que le llevan á la separación, el entendimiento es libre; es libre contra el error, libre contra la verdad, puede todo lo que quiere.

Juzgad, Señores, si tal es la fuerza cismática, cuál debe ser la fuerza unitaria; porque es necesario también que exista, pues que existe en el mundo una sociedad pública de los entendimientos. Suponed que ninguna fuerza unitaria contrabalancee en la fuerza cismática, las inteligencias privadas de lazos, llevadas cada una donde el viento de la casualidad las impela, no se encontrarán más que para chocarse, y formarán á lo más algunas agregaciones fortuitas, como esas nubes que pasan por el cielo sin poder jamás crearse en él un día de reposo. Así, para servirme de una comparación que os será fácil presentir, quitad de la mecánica celeste la fuerza que Newton llamó atracción, y al momento mirad en direcciones opuestas los globos que pueblan el éter precipitados en su curso por esta otra fuerza que es la fuerza cismática del mundo material. Así también, quitad de una nación la potestad que tiene en calma las pasiones y los intereses de tantos millones de hombres, y la veréis disolverse en los furioses de una guerra parricida. Necesita un principio de unidad superior á los elementos de discordia que alimenta en su seno, y este principio tiene un nombre, y es la soberanía: soberanía quiere decir superioridad por excelencia, y la superioridad por excelencia es la que sostiene y produce la unidad. El soberano es el ser que forma la unidad. En una monarquía es el príncipe; en una aristocracia es el senado; en una democracia es la asamblea del pueblo. Pero bajo cualquiera forma que sea, allí donde está la potestad que forma la unidad, está el soberano. Nos hallamos en un campo de batalla: cien mil hombres están en pie, y no obstante

todo está inmóvil, todo calla, caballos, trompetas, el polvo; ¿qué sucede? La unidad está en silencio y suspendida; mira, espera, reina. A poco cae una palabra de sus labios; truena el bronce, relinchan los caballos, se chocan las armas, devoran los escuadrones el espacio; y aun reina la unidad: ella formaba el orden en la inmovilidad, ella lo forma en el movimiento. La unidad callaba, la unidad ha hablado; la unidad ha sido soberana en uno y en otro caso: hé aquí toda la historia de una batalla; y toda la historia del orden, por todas partes y siempre.

Pues que existe el orden también en el mundo de las ideas, pues que, á pesar de las espantosas fermentaciones de discordia que la remueven y la dividen, se ha podido fundar una sociedad pública de los entendimientos, es claro que existe también una soberanía intelectual, soberanía que únicamente posee la doctrina católica, pues que ella sola ha triunfado de la fuerza cismática que tiene las inteligencias en hostilidad y en disolución. Así como no hay sociedad civil sin un gobierno civil, ni gobierno civil sin una soberanía civil, tampoco hay sociedad de los entendimientos sin un gobierno de los entendimientos, ni gobierno de entendimientos sin una soberanía intelectual, soberanía que no destruye la libertad de la inteligencia, como la soberanía civil no destruye la libertad civil, sino que al contrario la establece, liberando á las almas del yugo desordenado de la fuerza cismática. Esta es la soberanía intelectual que han buscado y que buscan aun todos los autores de cismas, todos los que aspiran, por ambición ó por amor á los hombres, á fundar la unidad pública de los entendimientos. Cuando sube un filósofo á la cátedra, se forma sencillamente de ella un trono, donde se coloca como soberano, y busca en su ciencia y en su genio el secreto de esa superioridad por excelencia

que produce la unidad; y tiene razón para hacerlo, hasta que persuadido de su impotencia, reconozca y adore la mano por la que reinan todos los reyes, y la que habiendo comunicado el imperio de la tierra á los conquistadores, ha rehusado á los sabios y á los filósofos el imperio de la verdad para dárselo á Jesucristo, y por Jesucristo á la Iglesia católica.

Vamos mas lejos aun, Señores. é investiguemos en qué consiste la soberanía intelectual. Porque hasta que no lo sepamos, faltará algo á la evidencia de nuestras deducciones.

La soberanía intelectual no puede estar sino en las ideas ó en el espíritu. Es imposible colocarla en otra parte, porque todo lo que es intelectual es idea ó espíritu, objeto del pensamiento, ó sugeto per se. Ahora bien, no es en el objeto ó en la idea donde reside la soberanía intelectual, la idea no vive independientemente del espíritu que la recibe; puede alterarse entrando en él, perder allí su rectitud y su fuerza, y no salir de él para pasar á otro espíritu, sino con un soplo frío é infecundo, como una flecha débilmente lanzada por un arquero sin vigor.

A la vista teneis ilustres ejemplos. La Iglesia griega tiene todas las ideas de la Iglesia católica, con poca diferencia, y no obstante la Iglesia griega yace inanimada, no teniendo mas unidad que la de un cadáver lleno de ataduras puestas por las manos sangrientas de la autocracia rusa. La Biblia contiene también las ideas católicas, y los protestantes se han lanzado sobre ella con la esperanza de beber allí la vida, la unidad, la soberanía intelectual: ¿lo han conseguido? Mucho menos que los griegos: la inmovilidad ha conservado á estos alguna apariencia de un cuerpo; el movimiento ha reducido á aquellos á la consistencia de un montón de cenizas. ¿Cuál es pues la virtud de las ideas fuera del espíritu en que toman su for-

ma, su poder, su inmortalidad? Pero el espíritu mismo ¿qué es, para que la soberanía intelectual tenga en él su trono y su acción? ¿Qué son los espíritus de que se compone la Iglesia católica? ¡Ah! hombres: vosotros, yo, el primer niño que al salir de esta asamblea vaya á confesarse. ¿Nuestra inteligencia, pues, tomada aisladamente ó en comun, posee la soberanía intelectual, esta superioridad formidable que hace diez y ocho siglos, á pesar de toda la fuerza cismática de que dispone el mundo, cautiva á ciento cincuenta millones de hombres al rededor de un mismo dogma? ¡y de qué dogma! de un dogma que no satisface su sed innata de luz, que irrita su pasión á las tinieblas, que hiere en lo vivo su individualidad espiritual, y pide á su libre albedrío una aceptación sangrienta. ¿Qué! ¿nosotros, vosotros y yo, mil hombres, cien mil hombres, son capaces, por su propio espíritu, de tal acto de soberanía? no lo creáis; guardaos de creerlo; esto no es posible. Como hombres, no tenemos nada más que lo que tienen los filósofos y los sabios, los cuales no han podido nada, y no han podido nada porque radicalmente todos los espíritus son iguales, porque ningun espíritu es soberano de otro.

¿Quereis volver á las ideas? Quereis deducir que la soberanía intelectual reside en las ideas, y que por su energía se nos ha sometido el mundo? Pero ¿por qué no se vician las ideas en nuestra inteligencia, como se vician en la inteligencia de los griegos y de los protestantes? ¿Quién pues, ó qué les da otro ser en nosotros? ¿Por qué tan vanas en otras partes, por qué tan sólidas en la Iglesia? Ya veis que está cerrado el círculo, y que la lógica no nos deja ningun asilo abierto.

No obstante, la unidad católica existe, y existe sola en el mundo; supone una fuerza unitaria, una sobe-

ranía intelectual: ¿quién nos la ha dado, puesto que no la dan las ideas y que no la posee el espíritu del hombre? Evidentemente hayen nosotros otro espíritu distinto del nuestro, nos anima otro espíritu, nos guarda otro espíritu, otro espíritu nos habla, el espíritu que se habia retirado del hombre en Babel, y que volvió el día de Pentecostes: el espíritu de Dios. El mundo es Babel, la Iglesia es el Pentecostes. Si Dios no está en la Iglesia, estará otra cosa, pero es seguro que no será el hombre.

He llevado hasta el extremo el análisis de las causas que explican el misterio de la unidad católica. Me detendré aun un instante para decir una palabra al racionalismo.

El racionalismo nos acusa frecuentemente de no ser justos con respecto á él. Parece creer que le disputamos todo el dominio de la verdad, como si fuese incapaz de descubrir ó de afirmar jamás una sola idea verdadera; nosotros no vamos hasta aquí. Pero, como quiera que sea sobre este punto, la cuestión entre él y nosotros es también una cuestión de soberanía. Nosotros le decimos que aun cuando tuviese toda la verdad, aun cuando tuviese, si fuera posible, mas verdad que posee la Iglesia, no reuniría los espíritus en una unidad estable, tal cual es necesaria á la vida de la humanidad, porque el racionalismo mas sincero y mas religioso no es sino un esfuerzo del hombre en favor del hombre, una tentativa de soberanía destinada á estrellarse siempre contra la inmensa fuerza cismática que está desgraciadamente en actividad en el mundo moral. Nosotros no reclamamos para nosotros, como hombres, esa soberanía que se escapa hace seis mil años de manos del racionalismo; sabemos que ningun espíritu es soberano de otro espíritu. Profesamos que es imposible, aun á Sócrates y á Platon, hacerse un solo discípulo, y con mas razón

un solo súbdito. La unidad de la Iglesia es para nosotros un fenómeno divino, que no se explica sino con la presencia perpetua del espíritu de Dios en medio de nosotros. Creemos que Dios se ha reservado la soberanía intelectual, y que todos los ensayos que se hagan para apoderarse de ella, no llegarán jamás sino á la servidumbre de las almas por la autocracia, ó á su ruina por la duda y la negacion. Por lo demás, estas dos pruebas son necesarias para la glorificacion de la unidad católica, para que asaltada siempre por imitadores armados con la ciencia ó el casco, pase por en medio de sus maquinaciones sin faltar á su destino, siempre virgen, siempre madre, siempre reina, y viendo deshacerse en humo las esperanzas de una rivalidad que no la sigue siempre sino para coronarla siempre.




---

## SERMON TRIGÉSIMO PRIMERO.

---

De la organizacion y de la expansion de la sociedad católica.

MONSEÑOR :

*Señores :*

No hay duda que es mucho haber formdo en el mundo una sociedad intelectual pública, haber establecido ideas inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. La doctrina católica lo ha hecho, y ninguna otra lo ha hecho despues de ella. Pero por notable que sea esta obra, y aunque no se la pueda atribuir mas que al espíritu de Dios, como que es incapaz de tal monumento el espíritu del hombre, no obstante, no es este aun el término de la accion social reservada á la doctrina católica. La sociedad que ha creado no se llama con el nombre abstracto de que nos hemos servido hasta ahora, no se llama una sociedad intelectual pública; su nombre es mas grave, mas significativo, mas difícil de llevar, mas célebre, en fin, y ya os habréis anticipado, llamandola la Iglesia ó la sociedad católica. Si, este es su nombre; y este nombre supone desde luego que no se trata de una sociedad puramente intelectual, sino de una sociedad organica, en que ha tomado cuerpo la unidad doctrinal bajo un poder jerarquico, legislativo, judicial y administrativo, es decir, bajo un poder que